

# escrito a máquina



*Unos tienen que perderlo todo  
para que otros lo ganen todo*

Esta semana América Latina sufrió dos grandes bajas en su cultura. El domingo murió Pablo Neruda —murió con la libertad de su pueblo— y perdimos con él al más grande poeta del continente. El miércoles falleció en París el brasilero Josué de Castro —el primer sociólogo de América. Dos grandes bajas que al producirse en circunstancias similares son como luces que nos revelan por contraste el oscuro y siniestro periodo que vive nuestra América. A Neruda lo libró su situación agónica y luego su muerte de la segura persecución y ultraje del militarismo que hoy destruye con su barbarie y con un aterrador baño de sangre el más alto logro de democracia de América. De Castro muere exilado y privado por su gobierno —también militarista— de sus derechos cívicos por diez años. Las inteligencias más descollantes de América son pateadas por los regímenes de fuerza. Habrá que darle razón a Jorge Luis Borges cuando dice que estamos en un proceso de estupidización continental.

Como un acto cultural consagré media semana a navegar el portentoso Amazonas poético de Neruda —a quien dedico mañana la edición completa de “La Prensa Literaria”— y la otra media semana a repasar la estupenda obra “Geopolítica del Hambre” que Josué de Castro tuvo la bondad de obsequiarme no hace muchos años.

Leéndolo estaba cuando escuché en la redacción de este diario la conversación de los reporteros y redactores sobre la alarmante escalada de los precios de la comida del nicaragüense. Entre lo que oía y lo que leía fui haciendo este artículo.

De Castro estudia a fondo el problema del hambre en nuestros países. Y hay dos modos de no comer: cuando no se tiene comida y cuando no se tiene para comprarla. El año pasado nosotros, por la sequía, entramos de lleno en los diminios del hambre, sobre todo en ciertas regiones agrícolas. Este año, con abundancia de agua, vamos aunque por otro camino, a la misma meta. Mientras abunda el dinero, mientras una parte de la población tiene plata incluso para derrocharla —y bajan las operaciones a crédito porque la gente paga al contado, (y se compran al contado, billete sobre billete, casas, tractores, automóviles y refrigeradoras), otra parte de la población, la mayoritaria, comienza —como el año pasado con la sequía— a privarse de alimentos básicos, a comer salteado y, si los precios siguen subiendo, a padecer hambre.

Es decir, tanto la escasez como la abundancia llevan a la mayoría de los nicaragüenses a la misma tranquera: la desnutrición endémica, que si no se detiene, no significará otra cosa que la degeneración de nuestra raza.

En un país agrario y ganadero como Nicaragua, llegar al hambre por una sequía no se justifica (significa imprevisión), pero al menos da lugar para una explicación. En

cambio, llegar al hambre por la abundancia revela una causa tan artificial y monstruosa que descalifica totalmente al régimen o sistema económico que la produce.

Como observa Josué de Castro al analizar la insuficiencia alimentaria en Centro América: no se puede alegar aumento excesivo de población. Al contrario, citando a Kingsley Davis, nuestro país desde el punto de vista democrático, es una de las más afortunadas regiones del mundo, con una población relativamente escasa en una zona extensa y llena de promesas. No podemos alegar tampoco malas cosechas, aunque sí una incompletísima explotación de nuestras riquezas naturales y una terrible deficiencia en materia de técnica y educación.

A este respecto, un antropólogo mexicano llamaba la atención sobre el hecho singular de que, en la época del descubrimiento de México, sólo subsistían en este país dos potentes reinos, el reino azteca y el reino tarasco, ambos asentados en las orillas de dos grandes lagos: el de Texcoco y el Pátzcuaro. Dichos lagos proporcionaban una reserva de superior alimentación a las poblaciones ribereñas lo que les permitió su predominio sobre las demás zonas indias mal alimentadas. Igual fenómeno pudiera señalarse en Nicaragua: su mayor cacicazgo —Nicarao— era ribereño del Gran Lago; su otra gran ciudad poderosa, era Managua, ribereña del otro lago. Sin embargo ¿se han explotado científicamente, en beneficio de un pueblo subalimentado, esos Lagos con sus ilimitadas posibilidades alimentarias? ¿No destruimos más bien uno de ellos providencialmente servido al pie de la Capital?

Somos un país ganadero, con amplia capacidad productora, pero ¿qué priva? ¿El beneficio oligárquico de la exportación o el deber de alimentar bien a un pueblo que pudiera ser, como lo fue Argentina hace unas décadas, el pueblo mejor comido de América, si sólo se sirviera de sus recursos?

Es necesario revisar a fondo la política y el sistema económico que están rápidamente convirtiendo un país, que gozó de fama por su abundancia, en una nación de hambre crónica —hambre por sequías, hambre por abundancia—, país desvitaminado, anémico, tuberculoso, de incesantes entierros al atardecer, pero de grandes negocios. “Hay que extirpar del pensamiento contemporáneo —decía Josué de Castro— la idea errónea que considera la economía como un juego en el que unos tienen que perderlo todo para permitir que otros lo ganen todo. Hay que hacer de la economía un instrumento de distribución EQUILIBRADA de los bienes de la tierra”.

En vez de dar leyes para quitar la libertad ¿no sería más patriótico tomar medidas para quitar el hambre?

PABLO ANTONIO CUADRA